

## CAPÍTULO XVII.

## EL REY ESPERA.

La cita, como ya hemos dicho, era en el bosque de Boloña.

¡Ay de mí! todo cambia, un recuerdo más de nuestra juventud, que ha desaparecido. Ahora es un bosque habitado y era entonces un bosque desierto. Cuando nuestros descendientes vean ese parque inglés, encerado, limpio, adornado, luciente y barnizado como un cuadro enviado a la exposición por un provinciano, no querrán creer nunca en las antiguas descripciones que hemos hecho de este viejo bosque de Louvois, que aquel lascivo rey, que llamaban Francisco I, había hecho rodear de murallas para entregarse con más comodidad al placer de la caza.

No comprenderán tampoco que hubo un tiempo en que había seguridad de no encontrar á nadie, y donde se iban para batirse, y tan generalmente, que los testigos que recibía las condiciones de su contrario, hubiesen considerado como locos, ó malos compañeros, á los que se lasen para la cita otro lugar que la Porte-Maillot ó Alameda de la Muette.

Además, había como una fatalidad que se corría por otra parte: en Clignancourt ó en Saint-Mandé: en Clignancourt, Dovalle, en Saint-Mandé, Carrel.

Parecía, por el contrario, que las ninfas del bosque de Boloña, con la costumbre que tenían de ver cargar

pistolas ó cruzar las espadas, mudaban la dirección de las balas con un soplo, ó separaban las espadas con un gesto.

Había en la Porte-Maillot un fondista que había hecho fortuna tan sólo con los duelos que no se habían realizado, ó con los que habían tenido un dichoso fin.

Nos apresuramos á decir que no era esta humanitaria razón la que había hecho elegir el bosque de Boloña á los testigos de Mr. de Marande y Mr. Loredán de Valgeneuse.

Unos y otros habían comprendido que iban á asistir á uno de los duelos en que corre la sangre.

Por lo demás, en la mañana señalada para el duelo, presentaba el bosque el aspecto más pintoresco posible.

Estaban en el mes de Enero, es decir en pleno invierno, y el bosque estaba en armonía con la estación.

El cielo tenía un color blanco de nieve: la atmósfera estaba seca y límpida, el suelo brillante con la escarcha que reflejaba por segunda vez; los rayos del sol, que caían sobre él, desde la cima y tronco de los árboles, que dejaban caer con gracioso descuido largos penachos brillantes como estalactitas, y que daban al bosque el aspecto de una inmensa decoración tallada en una gruta de sal.

Salvador llegó el primero, y dejando á la entrada su carruaje, se internó en el bosque dirigiéndose al sitio designado. Hacía poco que se hallaba en aquel lugar, cuando oyó ruido de voces y de pasos.

Se volvió y se halló con cuatro personas: Mr. de Marande y los generales Pajol y Herbel, á los que seguía un criado con la librea de Mr. de Marande, llevando una cartera bajo el brazo.

El banquero tenía en sus manos varias cartas que segu-

ramente acababan de entregarle en el momento de partir; las que iba leyendo mientras se dirigía al lugar de la cita, rompiendo las que creía sin interés, y entregando á su criado las demás después de anotarlas con un lápiz sobre su sombrero.

Viendo á Salvador se dirigió hacia él, y estrechándole la mano le dijo:

— ¿Esos señores no han llegado todavía?

— No, señor, contestó Salvador; os habéis adelantado diez minutos.

— ¡Tanto mejor! dijo el banquero; temía tanto retardarme, que habiendo mandado expedir algunas órdenes á mis secretarios, he dejado en mi casa seis ó siete ordenanzas, mandándoles me las trajesen tan pronto como estuviesen copiadas.

Y miró su reloj.

— Si esos señores no llegan hasta las nueve, como el jefe de la oficina me ha prometido que á las nueve estarían aquí, tendré tiempo para firmarlas mientras medís la distancia y cargáis las armas. ¿Entretanto me permitiréis leer mis cartas?

— ¿No habiérais podido dejar la firma para más tarde? preguntó el general Herbel.

— ¡Imposible! el rey las espera esta mañana; y ya sabéis que al rey no le gusta esperar.

— Haced lo que gustéis, dijeron los dos generales.

— Á propósito, señor Salvador, dijo Mr. de Marande, ¿dónde creéis que nos batiremos?

— Aquí, dijo Salvador.

— Desearía colocarme desde luego en mi sitio, dijo Mr. de Marande, con objeto de no tener que moverme.

— Podéis colocaros aquí, dijo Salvador; sólo que es un

mal sitio; los árboles que están detrás pueden ayudar á la puntería del adversario.

— ¡Ah! ¡pardiez, me es igual, dijo Mr. de Marande yendo á colocarse en el lugar indicado por Salvador, siguiendo leyendo, rompiendo y anotando sus cartas.

Los dos generales conocían bien el valor militar, y Salvador el civil, y á pesar de eso contemplaron con muda admiración la sangre fría de aquel hombre que, en el momento de verificarse un acto tan solemne como el de jugar la vida, leía tranquilamente su correspondencia de la mañana.

Su fisonomía, por lo demás, podía examinarse completamente: tenía toda la cabeza desnuda sirviéndole el sombrero de pupitre; no estaba más animada que si estuviese escribiendo una adición; su mano corría sobre el papel, sin vacilar, sin agitación, como si estuviese sentado en su sillón de cuero, delante de su bufete y al lado de su caja.

Esta serenidad provenía ciertamente de que no creía en su muerte. Y en efecto, es una fuerza todopoderosa la que la Providencia da á los grandes ambiciosos y á los locos, haciéndoles caminar á su objeto sin desviarse ni tropezar en los obsláculos de su camino. Ciertamente, todos tenemos, casi, conciencia de la tarea que debemos desempeñar en este mundo; y el que tiene ese convencimiento profundo puede mirar sonriendo que la muerte pase por su lado; porque seguramente pasará sin tocarle si no ha cumplido aquí su misión.

Esto es lo que explica la tranquilidad de los grandes conquistadores enfrente de los peligros.

Á las nueve en punto llegaron los tres jóvenes al lugar convenido: Mr. de Valgeneuse con un aire lánguido, y

los dos testigos con un aire más grave que lo que se hubiera debido esperar de personas tan ligeras.

Al mismo tiempo, por el extremo de la calle, apareció un correo que venía á toda carrera.

Traía las órdenes que esperaba Mr. de Marande.

Los jóvenes dirigieron una mirada sobre el que venía á caballo; pero conociendo que era asunto del banquero, no se fijaron.

— Hémos, aquí, dijo el criollo adelantándose hacia los generales: sentimos haberos hecho esperar.

— No tenéis necesidad de expresar vuestros sentimientos, señores, nunca llegáis tarde; contestó muy secamente el general Herbel, recordando las impertinencias de la víspera.

— En ese caso, estamos á vuestras órdenes, dijo el segundo testigo de Mr. de Valgeneuse.

Éste último iba á separarse para dejar que los testigos se entendieran, cuando descubrió á Salvador.

Se estremeció involuntariamente, agitando de una manera febril el junquillo con puño de lapislázuli que tenía en la mano.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ vos aquí ! dijo desdeñosamente mirando á Salvador.

— Yo mismo, contestó éste con gravedad.

— Señores, dijo Loredán volviéndose hacia sus testigos, no sé si habrán querido insultarnos trayendo á este mandadero; pero á menos que no haya venido para conducir al herido sobre sus espaldas, lo rechazo como testigo.

— No he venido como testigo, señor; dijo friamente Salvador.

— ¿ Como aficionado, entonces ?

— No, como cirujano, y enteramente á vuestra disposición.

Mr. de Valgeneuse se volvió con un aire de desprecio, y se alejó encogiéndose de hombros.

Los cuatro testigos, á algunos pasos de Mr. de Marande, depositaron las cajas de las pistolas que tenían en la mano.

Mr. de Marande, colocado en el puesto que debía ocupar en el desafío, tenía una rodilla en tierra, y con una pluma que mojaba en un tintero que le tenía el correo, firmaba las órdenes después de haberlas leído.

Al ver aquellos dos hombres en aquel supremo instante, el uno ocupado tranquilamente en su trabajo diario, el otro agitado, trémulo, procurando disimular su turbación, no era difícil decir cuál de aquellos hombres era el bravo y el fuerte.

Salvador los examinaba á los dos, filosofando sobre la grave cuestión de saber quién es más necio, si la sociedad que exige el desafío, ó el hombre que se somete á esta exigencia. Así, pensaba, la bala de ese loco aturdido puede concluir la vida de este fuerte. Hé aquí un hombre que ha hecho grandes trabajos en su esfera, que ha dilucidado las cuestiones financieras más difíciles; un hombre que ha sido, por último, útil á su país, y que quizá pueda serlo por mucho tiempo; por esta otra parte, una cabeza vacía, un mal corazón, un ser, no sólo inútil á sus semejantes, sino perjudicial con sus acciones, peligroso por su ejemplo, un malvado en fin: hé aquí dos hombres frente á frente, y de aquí á un momento la necedad habrá muerto á la inteligencia; la debilidad habrá vencido á la fuerza; Arimanes la habrá llevado sobre Oromases; estamos en el siglo xix, ¡ y creemos aún en los juicios de Dios !

En aquel momento el general Herbel se aproximó á Mr. de Marande.

— Señor, dijo al banquero, tened la bondad de prepararos.

— Pero, dijo Mr. de Marande, yo estoy dispuesto.

Y continuó leyendo y firmando las órdenes.

— No me entendéis, repuso el general sonriendo; os digo que os pongáis de pie, y no permanecáis de ese modo.

— ¿Va á disparar Mr. de Valgeneuse?

— No, pero para que la circulación se restablezca y vuestra sangre vuelva á tomar su equilibrio, que vuestra postura ha trastornado...

— ¡Ah! ¡bah! dijo Mr. de Marande moviendo la cabeza.

— Preguntadlo á vuestro cirujano, dijo el general mirando á Salvador.

— Sería muy bien hecho, dijo éste dando un paso hacia el banquero.

— ¿Creéis acaso que mi sangre esté agitada? contestó éste. Palabra de honor, que si tuviese tiempo para que me tomaseis el pulso, veríais que no tengo dos pulsaciones de más por minuto.

Y señaló las órdenes que le quedaban.

— Pero, por desgracia, dijo, es preciso que estos papeles sean leídos y firmados de aquí á cinco minutos.

— Es una locura lo que hacéis, dijo el general; con el movimiento que dáis á vuestra mano, no podréis fijarlo.

— ¡Bah! contestó con ligereza Mr. de Marande rubricando aquellos escritos, yo no creo que me maté, general, ni vos tampoco, ¿no es cierto? Haced, pues, cargar las pistolas por el muchacho del armero, vigilad no se le olviden las balas y medid los cuarenta pasos.

El general bajó la cabeza sin contestar, y se reunió con los testigos.

Salvador miraba al banquero con un aire de admiración.

Se había convenido en que la distancia fuese de cuarenta pasos, pudiendo cada uno dar quince para aproximarse á su adversario.

Revisadas y cargadas las pistolas, se midió la distancia.

Mr. de Valgeneuse se encontraba en el camino que seguía el general Pajol midiéndolo.

— Dispensad, señor Loredán, dijo, tened la bondad de dejarme pasar.

— Hacedlo, señor, dijo Loredán haciendo una pirueta sobre sus talones y haciendo saltar con su junco la escarcha brillante que había sobre las altas hierbas que decapitaba como Tarquino.

— ¡Pillastre! murmuró el general, y continuó midiendo la distancia.

Medida ya, se le entregó á Mr. de Valgeneuse una pistola repitiéndole las condiciones.

Á la tercera palmada, podían dirigirse los adversarios uno hacia el otro, ó disparar desde su sitio, á su gusto.

— Muy bien, señores, dijo Mr. de Valgeneuse dejando caer su junco; cuando gustéis.

— Cuando gustéis, señor, dijo el conde Herbel á Mr. de Marande, presentándole la pistola.

— Cuando guste Mr. de Valgeneuse, dijo éste tomándola; y colocándola bajo su brazo izquierdo, continuó escribiendo.

— Pero, ved...

— ¿No tenemos ambos el derecho de andar ó no quince pasos hacia su adversario y disparar cuando queramos?

— Si, contestó el general.

— ¡ Pues bien ! que los dé y que tire, yo tiraré después ; ya lo veis, no me quedan más que firmar dos órdenes.

— Vais á hacerlos matar como una liebre en su cama, dijo el general.

— ¡ Él ! contestó Mr. de Marande, dirigiendo al conde una mirada en que brillaba la seguridad del resultado ; ¡ él ! repitió, os apuesto cien luises, general, á que su bala no me roza siquiera. Así, pues, cuando gustéis, general.

— ¿ Lo habéis decidido así ?

— El rey espera, dijo Mr. de Marande firmando su penúltima orden y empezando á leer la última.

— No desistirá, murmuró Salvador.

— Es un hombre muerto, dijo el general Pajol.

— Es preciso verlo, dijo el conde Herbel, de quien la confianza del banquero se iba apoderando.

Y se separaron de Mr. de Marande, quien permaneció apoyado sobre una rodilla, teniendo al lado á su criado que le tenía el tintero.

— ¡ Ah ! ¡ bien ! dijo Mr. de Valgeneuse, nuestro adversario quiere batirse en la postura de Venus en cuclillas.

— Levantaos, si gustáis, señor, dijeron á la vez los dos testigos de Loredán.

— Puesto que absolutamente lo queréis, señor... dijo aquél levantándose.

— Dame una plumada de tinta, Comtois, y ponte separado, dijo Mr. de Marande á su criado.

Después volviéndose á Mr. de Valgeneuse :

— Ya estoy de pie, señor, y á vuestra disposición, dijo pero sin dejar de leer la orden.

— ¡ Es una burla ! exclamó Mr. de Valgeneuse, haciendo un ademán de arrojar la pistola.

— De ningún modo, contestó el general Herbel, vamos á dar la señal ; marchad y disparad.

— Pero esto no se acostumbra, dijo Loredán.

— Bien veis que sí, dijo el segundo testigo de Mr. de Marande, señalando al banquero que, con su pistola bajo el brazo y la pluma en los labios, concluía tranquilamente de leer la orden antes de firmarla.

— Os prevengo que toda esta comedia me fastidia mucho y que voy á matar al señor como á un perro, dijo Mr. de Valgeneuse rechinando los dientes.

— No lo creo, contestó el conde.

Loredán bajó los ojos ante la siniestra mirada del general.

— ¡ Y bien ! señor, dijo Mr. de Marande sin levantar la cabeza, ¡ cuando gustéis !

— Dad la señal, dijo Loredán.

Los testigos se miraron á fin de darla á un mismo tiempo. Debían dar tres palmadas.

Á la primera, los adversarios armarían la pistola ; á la segunda, se pondrían en guardia ; á la tercera, marcharían uno sobre el otro.

Al primer golpe, Mr. de Marande pasó efectivamente su mano derecha bajo el brazo izquierdo y armó su pistola.

Pero al segundo y al tercero, no hizo otro movimiento que coger la pluma de sus labios y prepararse á firmar.

— ¡ Hum, hum ! tosió el general Pajol, para prevenir á Mr. de Marande que había llegado el momento, y que su adversario se dirigía sobre él.

En aquel momento, Mr. de Marande había concluido de leer, de firmar y anotar su última orden, y la dejaba caer de su mano izquierda mientras con la derecha soltaba la pluma.

Levantó la cabeza, y con ese movimiento echó hacia atrás sus cabellos que formaron sobre su frente el rizo que acostumbraban hacer.

Su rostro estaba tranquilo y sereno.

— ¿ Están apostados los cien lises, general ? preguntó sonriendo y sin mover parte alguna de su cuerpo.

— Sí, y quizá los pierda, dijo el conde.

En aquel momento, Loredán había llegado á su límite, é hizo fuego.

— Habéis perdido, general, dijo Mr. de Marande.

Y cogiendo su pistola, disparó sin detenerse á apuntar.

Mr. de Valgenense dió una vuelta sobre sí y cayó con el rostro hacia la tierra.

— Y bien, dijo el banquero arrojando su pistola y recogiendo su orden, no he perdido completamente la mañana : á las nueve y cuarto he ganado cien lises y he librado al mundo de un pícaro.

Durante este tiempo, Salvador se había precipitado, seguido de los dos jóvenes, á socorrer al herido.

Mr. de Valgeneuse, con los puños crispados, el rostro lívido, llena la boca de espumosa sangre, rodaba por el suelo, con la mirada extraviada y medio apagada.

Salvador le abrió el traje, desgarró la camisa del moribundo y descubrió la herida.

La bala le había entrado por debajo de la tetilla derecha, y atravesándole sin duda el estómago, había ido á buscar el corazón.

— Así que, después de haber examinado atentamente la herida, se levantó sin pronunciar una palabra.

— ¿ Corre peligro de muerte ? preguntó Camilo de Rozán.

— Algo más que peligro ; ha muerto, dijo Salvador.

— ¿ Cómo, no hay esperanza ? preguntó el segundo testigo.

Salvador dirigió una mirada aún sobre el herido, y sacudió negativamente la cabeza.

— ¿ Aseguráis, por tanto, que nuestro amigo no sobrevivirá á su herida ? preguntó Camilo.

— Mas aún, dijo gravemente Salvador, que Colombán no ha sobrevivido á su dolor.

Camilo se estremeció y dió un paso hacia atrás.

Salvador saludó y se acercó á los dos generales que le preguntaron por el estado del herido.

— No le quedan diez minutos de vida, respondió Salvador.

— ¿ No podéis hacer nada por él ? preguntaron ambos testigos.

— Nada absolutamente.

— ¡ Entonces, que Dios tenga piedad de él ! dijo Mr. de Marande, y marchemos, porque el rey espera.

## CAPÍTULO XVIII.

### EPISODIO BUCÓLICO.

La población de Amsterdam, que bien podría ser con el tiempo un puerto central de todo el mundo si se hablase otra lengua que la holandesa, es una Venecia gigante. Mil canales rodean los cimientos de las casas como largas cintas de muaré, y mil luces de brillantes colores iluminan lo más alto de sus techumbres.